

LA PERSECUCIÓN DE CRISTIANOS EN EL IMPERIO ROMANO

Eduardo Rafael García Rivera

Docente investigador de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Evangélica de El Salvador, El Salvador.
<https://orcid.org/0009-0002-6587-3438>
eduardo.garcia@uees.edu.sv

Recibido: 31/07/2025 / Aceptado: 28/11/2025

Resumen

Este ensayo analiza el fenómeno de la persecución de los cristianos en el Imperio romano desde el siglo I hasta el Edicto de Milán en el 313 d.C., evaluando sus causas, desarrollo histórico y consecuencias para la Iglesia primitiva. A partir de un enfoque histórico-crítico, se examinan los factores culturales, políticos y religiosos que motivaron la hostilidad romana, incluyendo el rechazo cristiano al culto imperial y su exclusivismo monoteísta. El texto también presenta figuras clave, tanto perseguidores como mártires, destacando el papel del sufrimiento en la consolidación de la identidad cristiana. Asimismo, se analiza el impacto de las persecuciones en el desarrollo del canon bíblico y la teología apologética. Finalmente, se ofrece una evaluación crítica que resalta cómo, paradójicamente, la persecución fortaleció la fe, la unidad y la expansión del cristianismo, dejando lecciones relevantes para la Iglesia contemporánea sobre fidelidad, resistencia y compromiso con la verdad.

Palabras clave: persecución, Imperio romano, cristianismo primitivo, mártires, historia de la Iglesia, apologética.



Abstract

This essay analyzes the phenomenon of Christian persecution in the Roman Empire from the first century to the Edict of Milan in 313 A.D., evaluating its causes, historical development, and consequences for the early Church. Using a historical-critical approach, it examines the cultural, political, and religious factors that motivated Roman hostility, including the Christian rejection of the imperial cult and their monotheistic exclusivism. The text also presents key figures, both persecutors and martyrs, highlighting the role of suffering in shaping Christian identity. Additionally, it analyzes the impact of persecutions on the development of the biblical canon and apologetic theology. Finally, it offers a critical evaluation showing how, paradoxically, persecution strengthened the faith, unity, and expansion of Christianity, providing relevant lessons for the contemporary Church regarding faithfulness, endurance, and commitment to truth.

Keywords: persecution, Roman Empire, early Christianity, martyrs, church history, apologetics.

Introducción

La persecución de los cristianos en el Imperio romano es un fenómeno histórico de gran relevancia que marcó profundamente los primeros siglos del cristianismo y configuró su desarrollo doctrinal y organizativo. Este período se caracterizó por la hostilidad de las autoridades romanas hacia los seguidores de Jesús, quienes, al rechazar las normas religiosas y culturales de su entorno, fueron vistos como una amenaza al orden establecido. Las persecuciones, que oscilaban entre episodios localizados y políticas sistemáticas, culminaron en un martirologio

que no solo consolidó la fe de los cristianos, sino que también despertó una profunda reflexión teológica en torno al sufrimiento y la fidelidad a Cristo.

El objetivo de esta investigación es analizar las raíces y manifestaciones de estas persecuciones desde sus inicios en el siglo I hasta la promulgación del Edicto de Milán en 313 d. C., que marcó el inicio de una nueva era para la iglesia cristiana. Además, se busca evaluar la importancia histórica de estos eventos y su impacto en la identidad de la Iglesia primitiva. Este estudio incluye un análisis detallado del contexto histórico

en el que surgieron las persecuciones, las causas que las motivaron, alguno de los personajes principales involucrados y las lecciones que pueden derivarse para la Iglesia contemporánea.

La cronología de esta investigación se centra en el periodo anterior al reinado de Constantino. Comienza con el nacimiento del cristianismo en un entorno hostil, pasa por episodios destacados como la persecución de Nerón tras el incendio de Roma en el 64 d. C. y culmina con la Gran Persecución bajo Diocleciano a inicios del siglo IV. Cada etapa será contextualizada históricamente para comprender los desafíos enfrentados por los cristianos.

La metodología adoptada combina el análisis de fuentes primarias, como escritos patrísticos y documentos históricos, con el estudio de obras académicas modernas, especialmente *Historia del Cristianismo* de Justo González. Este libro será la base principal para interpretar el desarrollo de los eventos, complementado con otras fuentes que abordan el tema desde perspectivas culturales, políticas y religiosas. Este enfoque busca ofrecer una visión equilibrada y detallada que permita comprender la magnitud y las implicaciones de las persecuciones romanas.

Contexto histórico: Trasfondo cultural, político y religioso

Cultura romana

La cultura romana estaba profundamente arraigada en el politeísmo, que se expresaba a través del culto a una variedad de deidades asociadas con aspectos de la vida cotidiana, la naturaleza y la política. Este sistema religioso era inclusivo y flexible, lo que permitía a Roma integrar las creencias de los pueblos conquistados. La religión no solo tenía un papel espiritual, sino que también servía como un mecanismo de cohesión social, asegurando la lealtad de los ciudadanos al Estado. Los festivales religiosos, los sacrificios y el culto imperial eran esenciales para reforzar el sentido de identidad colectiva y la estabilidad del Imperio.

Política romana

El concepto de “*pax romana*”, o paz romana, era central en la política imperial. Este principio buscaba mantener el orden y la unidad a través de una administración eficiente y la promoción de un sistema religioso homogéneo. El culto al emperador, que deificaba al gobernante, era tanto un acto político como religioso. En este contexto, los cristianos representaban un desafío significativo. Su negativa a participar en el culto imperial no solo era vista como un acto de deslealtad, sino también como una amenaza al

equilibrio social y político. Esta percepción exagera la hostilidad hacia los cristianos, quienes fueron señalados como causantes de desgracias públicas al rechazar los rituales destinados a apaciguar a los dioses.

Religión

En contraste con la religión romana, el cristianismo se caracterizaba por su exclusivismo. Mientras que el politeísmo romano permitía la coexistencia de múltiples creencias, los cristianos afirmaban que solo había un Dios verdadero y rechazaban cualquier forma de idolatría. Además, las prácticas cristianas, como la reunión en comunidades cerradas y la celebración de la Cena del Señor, eran malinterpretadas como actos subversivos o incluso inmorales. Este choque de cosmovisiones exacerbó la tensión entre romanos y cristianos, ya que las enseñanzas de Jesús desafiaban no solo las creencias religiosas, sino también los valores culturales y políticos del Imperio.

De esta manera, la persecución de los cristianos en el Imperio romano no puede entenderse sin considerar el complejo entramado cultural, político y religioso que caracterizó a esta civilización. La oposición al cristianismo surgió de la incapacidad de Roma para aceptar una religión que desafiaba las bases mismas de su identidad y estructura social. Este contexto, como se verá en las siguientes secciones, fue determinante en la forma

y la intensidad de las persecuciones dirigidas contra los seguidores de Cristo.

Causas de la persecución

Motivos culturales

En la cultura romana, la religión desempeñaba un papel central en la vida cotidiana y en la identidad colectiva. Los romanos honraban a múltiples deidades en festividades públicas que fortalecían los lazos sociales y afirmaban la unidad del Imperio. Los cristianos, al rechazar estas festividades y adorar exclusivamente a un único Dios, eran vistos como antisociales y subversivos. Su negativa a participar en rituales en honor a los dioses protectores de Roma generaba desconfianza y provocaba acusación de ateísmo, ya que se interpretaba como un rechazo a los valores fundamentales de la sociedad romana.

Además, los cristianos se abstendían de participar en muchas prácticas culturales romanas, como los juegos públicos, los espectáculos teatrales y los sacrificios religiosos. Estas actitudes alimentaban rumores maliciosos que los describían como antisociales y peligrosos. Por ejemplo, su costumbre de reunirse en privado para la Cena del Señor fue tergiversada, acusándolos de canibalismo y conductas inmorales. Estas percepciones contribuyeron a que fueran marginados y estigmatizados.

Motivos políticos

En el Imperio Romano, la religión y la política estaban entrelazadas. El culto al emperador, que lo elevaba a la categoría de divinidad, era tanto un acto de lealtad como de adoración. La negativa de los cristianos a participar en este culto no solo era interpretada como irreverencia religiosa, sino como traición al emperador y al Imperio. Para las autoridades, los cristianos representaban un desafío directo al orden político establecido.

La negativa cristiana a aceptar la divinidad del emperador era percibida como una amenaza a la estabilidad del Imperio. En un sistema político que dependía de la *pax deorum* —la paz con los dioses como garantía de la prosperidad del Estado—, la resistencia cristiana era vista como un acto que podía desatar la ira divina y, por ende, provocar calamidades. Esto llevó a que los cristianos fueran designados como culpables de desastres naturales, epidemias o derrotas militares.

Motivos religiosos

El cristianismo era radicalmente diferente del politeísmo inclusivo romano, que aceptaba la coexistencia de múltiples dioses y prácticas religiosas. A diferencia de las religiones tradicionales, los cristianos proclamaban que solo había un Dios verdadero

y rechazaban cualquier forma de idolatría. Este exclusivismo religioso los colocaba en conflicto directo con el sistema romano, que dependía de la adoración pública de los dioses como un acto de unidad.

El monoteísmo cristiano no solo desafiaba las creencias religiosas romanas, sino también la estructura jerárquica del poder político y social. Al proclamar la igualdad de todas las personas ante Dios, el cristianismo socavaba las divisiones de clase que sostenían la estructura social romana. Además, la rápida expansión del cristianismo y su éxito en atraer a personas de diferentes estratos sociales provocaron temor y hostilidad entre las élites, que vieron en esta nueva religión una amenaza potencial a su hegemonía.

Personajes principales

Perseguidores

Entre los emperadores romanos que lideraron las persecuciones más notorias se encuentran Nerón, Domiciano y Diocleciano. Nerón, conocido por su extravagancia y crueldad, inició la primera gran persecución en el año 64 d. C. tras el incendio de Roma. Para desviar las acusaciones en su contra, culpó a los cristianos, sometiéndolos a torturas y ejecuciones brutales. Según los relatos históricos, muchos fueron quemados vivos o lanzados a las bestias en espectáculos públicos.

Domiciano, quien reinó entre los años 81 y 96 d. C., dirigió su persecución contra aquellos que se negaban a reconocer su divinidad. Los cristianos, al rechazar el culto al emperador, fueron objeto de su ira. Su política represiva tuvo como objetivo reforzar la unidad imperial mediante la erradicación de cualquier oposición religiosa.

Diocleciano, durante su reinado a finales del siglo III e inicios del IV, lanzó la llamada «Gran Persecución», la más sistemática y extensa de todas. En el año 303 d. C., se emitieron edictos que ordenaban la destrucción de iglesias, la quema de escrituras cristianas y la ejecución de líderes religiosos. Esta persecución, aunque feroz, fracasó en su intento de erradicar el cristianismo, lo que finalmente llevó a su aceptación oficial bajo Constantino.

Víctimas cristianas

El martirio fue una constante en la experiencia de los cristianos perseguidos. Entre las figuras más destacadas se encuentra Ignacio de Antioquía, uno de los Padres Apostólicos, que fue arrestado alrededor del año 110 d. C. y enviado a Roma para ser ejecutado. Durante su traslado, escribió siete cartas dirigidas a diferentes iglesias y a su amigo Policarpo de Esmirna. Estas cartas contienen enseñanzas teológicas importantes sobre la unidad de la Iglesia, el papel del obispo y la perseverancia en la fe en medio de las pruebas. Ignacio exhortaba a las comunidades a

no renegar de su fe, incluso frente al martirio, y él mismo recibió su destino como una oportunidad para glorificar a Cristo.

Otro mártir destacado de la Iglesia primitiva fue Policarpo de Esmirna, un discípulo del apóstol Juan y obispo de Esmirna, quien vivió en el siglo II d. C. Policarpo es recordado no solo por su liderazgo y fidelidad, sino también por la firmeza con la que enfrentó su martirio. Según el relato conservado en *El Martirio de Policarpo*, cuando las autoridades romanas lo arrestaron en su avanzada edad —se estima que tenía alrededor de 86 años—, le ofrecieron la oportunidad de salvar su vida si renunciaba a Cristo y juraba lealtad al emperador. Ante esta demanda, Policarpo respondió con una declaración memorable: «He servido a Cristo durante 86 años, y Él nunca me ha hecho daño. ¿Cómo podría yo blasfemar a mi Rey que me salvó?» Esta muestra de lealtad y fe inquebrantable se convirtió en un testimonio que inspiró a generaciones de cristianos.

Policarpo fue sentenciado a morir quemado en la hoguera, aunque según el relato, el fuego formó un arco alrededor de su cuerpo sin consumirlo, lo que los testigos interpretaron como un milagro. Finalmente, un verdugo lo atravesó con una lanza para acabar con su vida. Este acto de martirio no solo fortaleció la fe de la Iglesia en Esmirna, sino que también se convirtió en un modelo de valentía y perseverancia para las comunida-

des cristianas bajo persecución. Su historia se transmitió ampliamente, reafirmando la importancia de mantenerse firmes en la fe incluso frente a la muerte.

Asimismo, entre las figuras más memorables del martirio cristiano se encuentran Perpetua y Felicidad, quienes enfrentaron su destino en el año 203 d. C. en Cartago, durante la persecución bajo el emperador Septimio Severo. Perpetua era una joven noble que, a pesar de la oposición de su familia, se convirtió al cristianismo. Su esclava Felicidad compartía su fe y fue arrestada junto con ella. Ambas mujeres, junto con otros catecúmenos, fueron encarceladas y sometidas a juicio por negarse a realizar sacrificios en honor a los dioses romanos.

El relato de su martirio, conservado en *La Pasión de Perpetua y Felicidad*, describe la valentía y la paz con la que afrontaron su destino. Perpetua, en particular, es recordada por su visión celestial en la que vio una escalera que conducía al cielo, llena de peligros que debía superar para alcanzar la vida eterna. Este sueño fortaleció su determinación de enfrentar el martirio. Felicidad, quien estaba embarazada al momento de su arresto, dio a luz en prisión poco antes de ser ejecutada, lo que añadió una dimensión aún más conmovedora a su historia.

El día de su ejecución, Perpetua y Felicidad, junto con sus compañeros, fueron lanzadas a las fieras en el anfiteatro de Cartago. A pesar del sufrimiento, se dice que mantuvieron una actitud serena y valiente, consolándose mutuamente y orando hasta el final. Su sacrificio dejó una huella profunda en la Iglesia de su tiempo y sigue siendo un recordatorio de la profundidad del compromiso cristiano y de la esperanza en la vida eterna que inspira a los creyentes en todas las épocas.

Escritos

En respuesta a las persecuciones, surgieron apologistas como Justino Mártir y Tertuliano. Justino, un filósofo convertido al cristianismo, escribió obras como *Apología*, donde defendía la racionalidad del cristianismo frente a las acusaciones romanas. Por su parte, Tertuliano fue pionero en argumentar que los cristianos eran ciudadanos leales que oraban por el bienestar del emperador, aunque rechazaban el culto imperial.

Estos escritos no solo defendieron al cristianismo ante las autoridades romanas, sino que también fortalecieron la identidad teológica de la Iglesia. Su impacto fue fundamental para establecer las bases doctrinales y apologéticas que definirían al cristianismo en siglos posteriores.

Evaluación crítica

Las persecuciones en el Imperio Romano, aunque marcadas por el sufrimiento y la muerte de muchos cristianos, jugaron un papel paradójicamente fortalecedor en la fe y la unidad de la Iglesia primitiva. La valentía y fidelidad de los mártires sirvieron como testimonios poderosos que inspiraron a otros creyentes a permanecer firmes en medio de la adversidad. Estos eventos solidificaron el compromiso de las comunidades cristianas con su fe y ayudaron a forjar una identidad colectiva basada en la resistencia y la esperanza en Cristo.

Una de las contribuciones más significativas de las persecuciones fue su impacto en la formación del canon bíblico. Ante la necesidad de preservar las escrituras durante las olas de represión, la Iglesia comenzó a discernir cuáles escritos eran auténticos y fundamentales para la fe. Esto condujo a un proceso de selección que resultó en el establecimiento del canon del Nuevo Testamento. Los textos apostólicos y las cartas que exhortaban a la fidelidad en medio del sufrimiento adquirieron una relevancia especial, consolidando su lugar en las escrituras cristianas. Este desarrollo fue esencial para dotar a la Iglesia de una base doctrinal sólida que la guiaría en los siglos venideros.

Además, las persecuciones impulsaron el desarrollo de la teología cristiana. Los escritos de apologistas como Justino Mártir y Tertuliano no solo defendieron el cristianismo ante las autoridades romanas, sino que también ayudaron a articular y sistematizar las enseñanzas de la Iglesia. Estos trabajos contribuyeron a clarificar conceptos clave como la naturaleza de Cristo, la Trinidad y la ética cristiana, preparando el terreno para futuros concilios ecuménicos.

En cuanto a lecciones para la Iglesia contemporánea, las persecuciones romanas subrayan la importancia de la fidelidad en medio de la adversidad. En un mundo donde los cristianos enfrentan desafíos culturales, políticos y sociales, la historia de la Iglesia primitiva recuerda la necesidad de permanecer firmes en la fe, incluso cuando hacerlo conlleva costos personales. Además, el ejemplo de los mártires destaca el valor del sacrificio y la solidaridad en la construcción de una comunidad cristiana fuerte.

Otra lección relevante es la importancia de una doctrina sólida. La persecución obligó a la Iglesia a definir y defender sus creencias, lo que fortaleció su identidad y preparó el camino para el crecimiento futuro. En la actualidad, las iglesias pueden aprender de este ejemplo, comprometiéndose con el estudio y la enseñanza fiel de las Escrituras en un entorno que a menudo desafía los valores cristianos.

Las persecuciones en el Imperio Romano, aunque trágicas, fueron una etapa crucial en la historia cristiana. Sirvieron para purificar, fortalecer y unificar a la Iglesia, dejando lecciones que continúan siendo relevantes en el contexto contemporáneo.

Conclusión

La persecución de los cristianos en el Imperio Romano representa un capítulo esencial en la historia del cristianismo. Desde el siglo I hasta el Edicto de Milán en 313 d. C., los cristianos enfrentaron oposición cultural, política y religiosa que puso a prueba su fe y su compromiso con Cristo. La exclusividad de su mensaje y su negativa a conformarse con las normas sociales y religiosas romanas los convirtieron en un blanco constante de hostilidades, lideradas por diferentes emperadores. A pesar de estas dificultades, los cristianos no solo sobrevivieron, sino que florecieron, dejando una huella imborrable en la historia.

Al analizar el contexto cultural, político y religioso, se revela cómo los valores romanos chocaron con las enseñanzas cristianas, haciendo casi inevitable el conflicto entre ambas cosmovisiones. Sin embargo, este enfrentamiento tuvo como resultado un proceso de purificación y fortalecimiento interno de la Iglesia. Las persecuciones impulsaron la formación del canon bíblico, solidificaron la doctrina y generaron una comunidad unida que existía en la fe y en el sacrificio de los mártires su mayor inspiración.

Por otro lado, los personajes clave de este período, tanto perseguidores como mártires, dejaron lecciones valiosas. Los emperadores que buscaban erradicar el cristianismo terminaron subestimando la resiliencia de una fe basada en el amor y la esperanza. Los mártires, por su parte, se convirtieron en ejemplos vivos de fidelidad y coraje, cuyas historias trascendieron generaciones y cimentaron la fe de millones.

Es así como, históricamente, las persecuciones demostraron que la fe cristiana no solo podía resistir la adversidad, sino que incluso podía crecer bajo ella. Contemporáneamente, este legado es un recordatorio para la Iglesia de la importancia de permanecer fiel a sus principios en un mundo que a menudo desafía sus valores. Además, la experiencia de la Iglesia primitiva subraya la necesidad de mantener la unidad en medio de la diversidad y las pruebas, un mensaje que sigue siendo relevante en la actualidad.

Las persecuciones en el Imperio Romano no solo moldearon la identidad de la Iglesia primitiva, sino que también ofrecieron lecciones atemporales sobre la fidelidad, la resistencia y el poder transformador de la fe. Estos eventos, aunque trágicos, son testimonio de cómo Dios puede obrar incluso en medio de la adversidad para cumplir Sus propósitos eternos.

REFERENCIAS

- González, Justo L. Historia del cristianismo: Tomo I. De los inicios a la Reforma. Miami: Unilit, 2003.
- Cárcel, Vicente. Historia de la Iglesia: Desde la Antigüedad hasta el siglo XXI. Madrid: Palabra, 2017.
- Hurtado, Larry W. La devoción a Jesús en el Cristianismo Primitivo. Salamanca: Sígueme, 2018
- Figueras Palà, Pau. Introducción al cristianismo primitivo. Editorial Clie, 2016.
- Aguirre, Rafael. Así empezó el cristianismo. Editorial Verbo Divino, 2015.
- Lortz, José. Historia de la Iglesia en perspectiva. Sal Terrae, 2002.
- Dever, Marcos. La Iglesia: El Evangelio Visible. Nashville: B&H Español, 2020.
- González Salinero, R. (2015). Las persecuciones contra los cristianos en el Imperio romano (2.^a ed.). Signifer Libros.